

BEN BERGER, *Attention Deficit Democracy. The Paradox of Civic Engagement*, Princeton University Press, Princeton, 2011. 201 páginas.

La desafección ciudadana, la balcanización social, el distanciamiento de la política e instituciones poco capaces de responder a las necesidades de sus habitantes son factores que minan la entereza de la democracia, según Ben Berger. Este libro propone examinar formas de estimular el deseo de participación política y el compromiso social y moral de los ciudadanos.

Attention Deficit Democracy se centra en dos autores clave en las teorías de la participación democrática: Hannah Arendt (1906-1975) y Alexis de Tocqueville (1805-1859). Arendt se dedicó a desgranar los peligros que acechan a las democracias cuando hay una insuficiente participación social, política o moral, y la consiguiente amenaza de que una democracia anémica lleve a una sociedad totalitaria. Esta filósofa, que, tras múltiples dificultades, consiguió escapar de las garras del régimen nazi, concibe la participación política en concreto como algo intrínsecamente bueno. Tocqueville, en cambio, solo la considera provechosa cuando se cumplen una serie de factores que pueden contribuir a mejorar la vida social. Aunque la salud de una democracia en ocasiones se puede ver mermada por asociaciones o grupos que prescinden del libre albedrío o juicio de sus miembros, el vizconde francés entiende la implicación ciudadana en la política como un baluarte contra abusos del poder.

Berger dedica el tercer capítulo enteramente a Arendt, quien nos ofrece en sus escritos una teoría política visionaria junto a una advertencia tanto de los peligros que

se derivan del terror totalitario, como de un mundo estrictamente utilitario. Resulta difícil leer en sentido literal a esta pensadora alemana de raíces judías; el autor muestra que es más plausible suponer que está hablando esencialmente en sentido figurativo. Aun así, sostiene que Arendt no esclarece cómo su modelo visionario de la política podrá llegar a ser viable y pragmático en el mundo real, argumentando con escepticismo que solo consigue aportar una ilusión, aunque sea transfiguradora y magnífica, encaminada a restaurar nuestra fe y esperanza en las capacidades humanas. Al final, Berger encuentra poco consuelo en la ilusión optimista que esta intelectual nos ofrece, quien se consagra más bien como una teórica de los peligros del mundo político. Tampoco le parece que aclare por qué los ciudadanos eluden la participación política, ni que estudie sus beneficios instrumentales, ni la relación entre política e intereses económicos o materiales.

El capítulo cuatro examina a Tocqueville. Para este, la participación no se entiende como un bien en sí, sino como un mecanismo que evita la apatía y desconexión con la política, contribuyendo bajo ciertas condiciones a la libertad humana. En general, las asociaciones ciudadanas han supuesto una aportación a la implicación democrática, pero no siempre ha sido así. Por poner un ejemplo, la participación *social* en la Francia del siglo dieciséis llevó a la participación *política*, pero esta conjunción de actividad social y política se

iría transformando, hasta terminar por desaparecer en el dieciocho.

Tocqueville veía en los gobiernos democráticos una fuente inagotable de agitación, energía y actividad positiva. Este francés que viajó extensamente por el este de Estados Unidos en la tercera década del siglo diecinueve, buscaba no solo energía en el gobierno, sino también en los ciudadanos. Temía que si desaparecía la energía del pueblo, también lo haría la democracia. Hacía falta canalizarla hacia algo útil en el plano político. Por ello, aboga por el sostenimiento de la libertad a través de la participación, dada la naturaleza expansiva del poder. Las asociaciones políticas podían formar un dique que evitase la tiranía; esto requería la participación social y política de los ciudadanos junto con un compromiso moral en defensa de la tolerancia, los derechos humanos y la legalidad vigente.

El pensador francés reconoce que si la política deja de ser interesante, el ciudadano dejará de prestarle atención. Para que exista *engagement*, una implicación social y política, hace falta que cada persona tenga una visión clara tanto de la esfera política como de sus propios intereses, lo cual se consigue por medio de la educación política. Su energía y atención deben estar encaminadas y dirigidas por y hacia proyectos cooperativos, encauzados por las instituciones de gobierno.

Por otra parte, la participación política se verá amenazada por el materialismo, el aislamiento y la apatía. Para contrarrestar estas graves amenazas se pueden activar

aquellos instrumentos que la fomentan, como sería el interés de los ciudadanos por la gestión local, o la implicación en asociaciones, ya sean políticas o cívicas. La política local ofrecería un sentido de poder y auto-gobierno. Ahora bien, el modelo de participación que tanto admiraba Tocqueville, el sistema de *townships* (comunidades o municipios), solo mostraba una actividad intensa en Nueva Inglaterra. En otras zonas de Estados Unidos no se daba una gran implicación local en política, y, en todo caso, el principal interés era el comercio.

Con un título provocador, el capítulo cinco de la obra de Berger divide en dos grupos a los expertos que fomentan la participación política: los que se conforman con evitar que sea excesivamente baja, y los que quieren que alcance niveles altos. Dentro de los segundos encontramos un conjunto de autores, entre otros, Robert D. Putnam, que asocian la alta participación con una variedad de beneficios sociales y políticos. Su forma de entenderla incluye también toda una serie de actividades y categorías sociales y morales; en concreto, el concepto de capital social de Putnam está basado en lo que Tocqueville llamaba energía.

En un extenso estudio a finales del siglo veinte, Putnam encontró que la participación cívica en Estados Unidos estaba en declive, y lo relacionaba con un pronóstico negativo sobre el futuro económico y político del país¹. Esto dio pie a todo tipo de programas sociales, debates e investigación académica sobre el tema. A

¹ Robert PUTNAM, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Simon & Schuster, New York, 2000.

pesar de todo, el resultado ha sido una confusión conceptual que según Berger, miembro del proyecto de Putnam, se podría resolver volviendo a las partes constitutivas del *civic engagement*: la participación política, social y moral.

Prescindiendo del confuso concepto de lo cívico y volviendo a la participación política en sí, descubrimos que, a diferencia de lo que sostienen muchos teóricos, esta no da garantía de mayor eficiencia gubernamental: “Tocqueville nos recuerda que unos niveles muy altos de participación política pueden causar también ineficiencias en el gobierno, ineficiencias que un gobierno centralizado podría, tal vez, evitar” (p. 132)². Un aumento de participación tampoco fomenta necesariamente una mayor legitimidad de las instituciones políticas, pues para ello requiere una serie de factores adicionales como la existencia de mecanismos e instituciones capaces de responder a las demandas del ciudadano. En resumen, la alta participación no evita que déspotas o tiranos se abran camino en el mundo de la política, sobre todo si faltan instituciones potentes que impidan abusos, ni la participación baja invita obligatoriamente a que un tirano se haga con el gobierno. La participación muy baja podría, teóricamente, dar pie a facciones políticas destructivas, pero en la práctica apenas ha habido casos que lo demuestren.

Hacia el final del libro Berger se manifiesta contrario a aquellos que defienden la idea de la participación política como un bien en sí mismo, pues sus argumentos son indemostrables y, en todo caso, poco prác-

ticos. Presuponen ideas como la existencia de amistad entre los ciudadanos (algo ni siquiera factible en las antiguas *poleis* griegas), que la participación contribuye a ‘la vida buena’ (algo impreciso por las distintas concepciones de lo que constituye una vida buena), o que debe existir una obligación moral (lo cual resulta poco interesante para involucrar a los ciudadanos más reacios a la participación). Para Berger la idea de que la participación política es un bien intrínseco solo se sostiene como una preferencia personal, como lo sería la apreciación del arte. En todo caso, no conviene obligar a los ciudadanos a participar, pues esto iría en contra de una concepción abierta de la sociedad y pondría el foco sobre todo en los más desfavorecidos, pues aquellos que no participan en la política tienden a ser los que se sienten excluidos.

El lector se queda algo perplejo cuando el autor cambia de rumbo y concluye que, tomados en su conjunto, los argumentos a favor de la participación política adquieren una fuerza que no tienen por separado. Nos anima a intentar evitar una muy baja participación y a fomentar la inclusión de los menos dispuestos hacia la política, así como a fortalecer la agilidad institucional y educativa de la esfera política. Este politólogo reconoce que existe poca conformidad en cuanto a los principios que deben inspirar una democracia; no obstante, sostiene que hay un acuerdo generalizado en torno a la alternancia en el poder, la tolerancia y la ausencia de violencia. Estos valores, junto con una activa implicación

² “Tocqueville reminds us that very high levels of political engagement can cause governmental inefficiencies as well, inefficiencies that centralized administrations might bypass”.

en asociaciones, serían para él las bases de una sociedad que presentara una amplia gama de posibilidades políticas a sus ciudadanos. Ahora bien, nos ofrece escasos detalles de su sociedad consensual ideal, o de lo que constituiría una vida buena para sus ciudadanos.

Es difícil evitar la sensación de que Berger llega a un punto en que propone aquello que ha criticado en otros: una serie de posibles beneficios que la participación política aportaría a la democracia, pero que él no ha conseguido demostrar. Desde su perspectiva liberal, busca hacer que la participación local y nacional sea más atractiva, especialmente para aquellos sectores de la sociedad más propensos a la desafección política. Además, plantea educarnos en el gusto por la política y reformar las instituciones políticas para que canalicen mejor la participación ciudadana. Desgraciadamente, una vez más no llega a perfilar suficientemente los detalles de estas propuestas tan constructivas.

En la conclusión recupera algunos de los grandes debates en torno a la educación ciudadana, así como a teóricos de la participación como Walter Lippmann (1889-1974) y John Dewey (1859-1952). Berger propone, de manera nada revolucionaria, que se intente fomentar la participación política como algo que encaje con nuestros gustos, haciendo que la política sea más interesante y apetecible. Uno se queda algo sorprendido al leer que esto se podría conseguir con una mayor colaboración de celebridades, estrellas y otras figuras importantes, casi como si fuese un *reality show*. Otra idea ya poco innovadora que nos ofrece es que se podría cultivar el gusto por la política como el gusto por el

arte, incorporándolo como parte importante del currículo y de la educación de los jóvenes, de manera no coercitiva. Finalmente, su vía preferida para fomentar la participación son las asociaciones que tengan raíces locales y vínculos nacionales, dando la posibilidad de una actividad social con implicaciones políticas.

Sin dejarse amedrentar por los que proclaman el peligro derivado de la desafección, Berger saca la participación del campo de lo problemático, y la instala en un plano de políticas educativas mejorables. Su postura liberal se destila entre una defensa de la voluntad privada y los gustos de las personas que difícilmente evita chocar con su afán por canalizar estos gustos, intereses y hábitos. Los jurados son la única excepción que contempla como viable ante este voluntarismo que cohibe la acción del Estado en el plano de la participación ciudadana. Sin embargo, no examina a fondo esta institución que él reconoce como respetada y de participación obligatoria, para comprobar si los jurados nos ofrecen claves del compromiso ciudadano con la sociedad. A pesar de las buenas intenciones, y de su intento por ser realista, las propuestas poco detalladas dejan al lector con una sensación de desazón tras el gran esfuerzo que se ha realizado al examinar las teorías sobre la participación política. Este libro ofrece limitadas ideas de nuevas praxis democráticas más allá de la educación del ciudadano de acuerdo con sus gustos, una iniciativa tal vez insuficiente para mejorar la salud de aquellas democracias que sufren la desafección ciudadana.

DANIEL BLANCH